



José Ignacio Cruzent Ávalos

Catalán de nacimiento y venezolano por voluntad, amó profundamente a esta patria y la recorrió como pocos lo han hecho, siempre demostró ser un hombre de gran temple, lo cual le permitió enfrentar con gran serenidad todo tipo de situaciones y desarrollar un campo que le apasionaba. Vivió su vida como quiso, de acuerdo a su pasión y nunca de una manera ordinaria o ajustada a los cánones de la sociedad. Se le desbordaba el pecho cada vez que remontaba un río, iniciaba una expedición o veía un paisaje que le despertaba esa curiosidad por comprender lo desconocido. Para dar un pequeño ejemplo de esto, cito a continuación un fragmento de su libreta de campo del año 1953 del día 09 de Enero cuando remontaba el Río Orinoco a la altura de la Isla Ratón.

“...ya en este ORINOCO empiezo a respirar, aquí puedo hallarme a mí mismo, aquí puedo estar horas y horas sin hablar, en plena contemplación de la exuberante naturaleza que tanto me atrae, aquí el comportamiento del hombre debe ser “natural”, aquí no se puede fingir, aquí nada es mentira, no hay barniz en lo que se ve ni en lo que se contempla. Lo único que me molesta es el ruido del motor pero cuando remonte el caño Uruajaje podré recrearme el espíritu oyendo el chapaleo de los canaletes, que con ritmo armonioso y perfectamente acompasado atestiguan el esfuerzo personal del hombre que va en pro de algo que anhela, que ambiciona, pero que lo conquista con honradez...”

Esa pasión lo nutría, le hacía bien, y por ella vivió todo lo que vivió o como lo vivió. Mi padre fue, como él mismo se calificaba, un arqueólogo con “cojones”. Siempre tuvo esa mirada de que era capaz de ver más allá, debajo de cualquier superficie. Para él la arqueología no era una profesión, era un estilo de vida, una forma de mirar el mundo.

Nunca vivió de manera lujosa ni ostentó ningún tipo de bienes de fortuna. El dinero era para él un medio con el que seguir desarrollando su pasión y continuar aportando conocimientos a su disciplina. Esa era su ganancia, ahí encontraba su satisfacción material. Así me lo dijo en

alguna de nuestras conversaciones de aquellos años. Se sentía orgulloso de todos y cada uno de sus logros y de haber llevado una vida honesta, dedicada y comprometida.

Venezuela le dio la vida, le dio su ilusión y ganas de vivir, y él le retribuyó dándole su prehistoria. José María Cruixent fue uno de los personajes que le dedicó su vida a Venezuela, amó intensamente a esta tierra y nos dió un ejemplo de vida. Los jóvenes de hoy tenemos que mirar con detenimiento su legado y buscar rescatar aquellos valores que actualmente son escasos en la sociedad.

El 23 de febrero de 2005 el profesor Cruixent, como cariñosamente lo llamaban alumnos y conocidos por igual, fallece, a los 94 años de edad en su casa de la ciudad de Coro, Estado Falcón, en la República Bolivariana de Venezuela. Sus hijos reciben una herencia científica invaluable la cual acuerdan manejar a través de una fundación constituida con su nombre. Hoy en día, desde la fundación, intentamos administrar ese legado. Que nada se pierda, que todo se valore, que se destaque y subraye los valores intrínsecos para que se comprenda y se continúe su trabajo. Esa es la misión de la Fundación José María Cruixent.

José Ignacio Cruixent Ávalos